

Guardia Municipal de México, mandados por el Capitán Linger, ocuparon las azoteas de la iglesia, perfectamente parapetados. Después se colocó un cañón de montaña en la misma azotea, poniéndose también algunos cañones de calibre de ocho libras en los reductos construídos adelante de la iglesia.

IV. EL 14 DE MARZO — MISION DEL GENERAL MARQUEZ. — EL 24 DE MARZO.

El 13 de marzo y la noche siguiente pasaron bastante tranquilas. En la mañana del 14, emprendieron los juaristas un ataque enérgico, dirigido tenazmente contra las posiciones de los imperialistas, el cual terminó a las seis de la tarde, con la retirada general a sus posiciones.

Los informes oficiales dan a conocer esta primera batalla, como de importancia secundaria.

A las nueve y media de la mañana del 14 de marzo, las baterías enemigas de la Cuesta China dieron la señal de ataque, que emprendió su caballería, avanzando en gruesas columnas por el camino de Pueblo, hasta posesionarse de la hacienda de Jacal, situada cerca de la Garita del Pinto, al sudoeste de la ciudad.

La Garita del Pinto servía de Cuartel General a nuestra división de caballería.

La primera Brigada de caballería, a las órdenes inmediatas del General Mejía, sin pérdida de tiempo se lanzó contra el enemigo, deteniéndolo en su avance y obligándolo, en pocos momentos, a abandonar el terreno ganado. Este ataque fué brillantemente dirigido y condujo a nuestros jinetes hasta las posiciones enemigas, que se hallaban cerca de La Estancia.

Las pérdidas que tuvo el enemigo en este primer combate, consistieron en 60 prisioneros (erróneamente dice 600 en el original) y más del doble entre muertos y heridos.

Al volver a su posición la Brigada de caballería, fué atacada vigorosamente la parte norte de la ciudad, contra la cual lanzó el enemigo grandes masas de infantería; éstas, ayudadas por numerosa artillería, y no encontrando resistencia, se dirigieron a los cerros de San Pablo y San Gregorio, para subir su pendiente sur y forzar el paso del río que separa a la ciudad del barrio de San Sebastián. Por espacio de varias horas se entabló en esta línea un combate de lo más reñido, durante el cual las columnas enemigas, rechazadas por varias veces, se reunían de nuevo en lo alto de las cimas, para volver sin cesar al ataque.

Pero ni el número considerable de soldados ni el valor que éstos desplegaron permitieron al enemigo apoderarse de dicha posición, defendida por las divisiones Castillo y Casanova, cuyos valientes soldados, respondiendo a aquel espantoso ataque, saltaron por encima de los parapetos, lanzándose en persecución del enemigo y apoderándose de un cañón rayado y de gran cantidad de prisioneros y heridos.

Durante esta lucha sangrienta, las baterías del Cerro de las Campanas estuvieron haciendo fuego con una precisión admirable.

En estos momentos angustiosos, se emprendió un ataque formidable contra el Cuartel General del ejército imperialista, que estaba en el Convento de La Cruz, protegido por una parte de la Brigada de Reserva; y aprovechándose el enemigo de todas las ventajas que le proporcionaba el terreno, avanzó en gruesas columnas hasta los edificios cercanos al Pan-

teón y hasta las paredes mismas del Cementerio. El ataque fué dirigido desde la altura de San Francisquito, con un batallón de infantería y dos cañones, y del llano de Carretas, que está entre la parte sur de la ciudad y la falda del Cimatario, con cuatro poderosas columnas de caballería, protegidas por igual número de cañones.

En virtud de este ataque, la Alameda y toda la parte sur de la ciudad estaban terriblemente amenazadas, al mismo tiempo que el que se dirigía contra La Cruz continuaba de lo más terrible. Simultáneamente, el enemigo destacó una de las cuatro columnas de caballería situadas en el llano de Carretas, sobre la falda del Cimatario, para caer sobre nuestra caballería, que amenazaba, desde la Casa Blanca, el flanco izquierdo del enemigo.

Inmediatamente se entabló un reñido combate en la falda de dicho Cerro, cuando el General Miramón, que ocupaba la Alameda con infantería y caballería, protegió el ataque de nuestra caballería y se lanzó contra la del enemigo, situada a su izquierda, en San Francisquito. Otros tres vigorosos ataques de la guarnición de La Cruz desalojaron al enemigo del Panteón, del Cementerio y de todos los edificios adyacentes, obligándolo, finalmente, a la más precipitada fuga.

La batalla había terminado. El enemigo, después de haber sufrido grandes pérdidas, se retiró a sus posiciones primitivas.

Nuestros soldados emprendieron su persecución, volviendo al poco rato con el trofeo de la victoria.

¡Gloria al Emperador, cuya admirable entereza ante el peligro sorprendía aun a los más valientes! ¡Gloria al valeroso ejército, que tan brillantemente defendió sus posiciones!

CARTILLA ALFONSO N.º 7

Como complemento del anterior informe oficial, puede servir la siguiente relación del oficial del Estado Mayor, Pitner, al Soberano. En muchos puntos está más detallada que el informe precedente.

La noche anterior, como la mañana del 14 de marzo, transcurrieron sin novedad.

A las nueve y media de la mañana, el enemigo rompió el fuego y empezó el ataque a la ciudad.

Escobedo mandaba el ala derecha y el centro de las tropas enemigas, y el ala izquierdo la comandaban Corona y Régules. El total de las fuerzas enemigas puede evaluarse, en aquel día, entre 20 y 25,000 hombres, 9,000 de éstos, a las órdenes de los citados Generales Corona y Régules, intentaron apoderarse de todas las entradas de la ciudad que rodeaban al Convento de la Cruz, destrozando nuestra ala derecha; al mismo tiempo, Escobedo, con unos 6000 hombres y poderosa artillería, atacaba el centro y el punto de apoyo de nuestra ala izquierda, el Cerro de las Campanas.

Después de ocho horas de reñida lucha, el enemigo había sido rechazado por todas partes.

El batallón de cazadores que mandaba el Coronel Príncipe de Salm-Salm penetró en el barrio de San Luis, a las cuatro y media de la mañana, apoderándose de un cañón rayado, unos carros de municiones y guarniciones de caballo. Durante esta acción, el Mayor Victoria, de dicho batallón, fué herido ligeramente de un sablazo. Las tropas avanzaron todavía más, matando cuanto enemigo encontraban en el camino, entre ellos de 60 a 80 disidentes, que se habían escondido en las casas de uno y otro lado de la calle.

El Cementerio perteneciente al Convento de La

Cruz había quedado sin guarnición, a pesar de haber ordenado lo contrario el Soberano, y fué tomado por el enemigo durante esta acción. El fuego que partía del Cementerio tomado, causaba considerables pérdidas a los soldados situados en los Corrales y en las azoteas del Convento, por lo que se hizo necesario volvernos a posesionar de dicho edificio, mediante una carga a la bayoneta.

Esta empresa fué llevada a cabo por el valentísimo Teniente-Coronel Juan de Dios Rodríguez, del primer Batallón de línea, quien, al frente de dos compañías, se precipitó como una tromba sobre el enemigo, y fué herido muy gravemente.

Al mismo tiempo, el General Márquez, espada en mano y a la cabeza de dos compañías del tercer batallón de línea, ejecutó igualmente una salida, arrojándose sobre el enemigo que tenía delante, rechazándolo y volviendo después con varios prisioneros, entre ellos un capitán americano. (En México se designa a los ciudadanos de los Estados Unidos simplemente con el nombre de "americanos.")

El capitán de una de las compañías que habían tomado parte en esta salida, en medio de los más entusiastas vivas de las tropas, suplicó a Su Majestad que aceptara, como presente del tercer batallón de línea, un rifle de dieciséis tiros que había sido tomado al enemigo.

Todas las tropas habían hecho más o menos prisioneros al enemigo y hay que hacer notar, que los dos primeros oficiales enemigos que cayeron en nuestro poder, eran americanos.

Ese mismo día, Su Majestad se sirvió condecorar al Teniente-Coronel Rodríguez y al Mayor Victoria, que se hallaban heridos, con la Cruz de Caballero del Águila Mexicana.

Durante todo el tiempo que duró aquella acción, el Emperador se encontraba en el núcleo de fuego de la artillería, y una granada estalló, a diez pasos de él, junto a un grupo numeroso de hombres y caballos. No causó ningún daño.

A las cinco y media de la tarde, cuando el fuego hubo cesado por todas partes, Su Majestad montó a caballo y pasó revista a las tropas, recorriendo toda la línea exterior. Al llegar al centro, el enemigo, que notó los constantes vivas que las tropas lanzaban al Emperador, envió una lluvia de balas y granadas a esta parte, pero sin que hubieran podido hacer daño.

Las pérdidas que tuvimos en esta jornada memorable, se estiman en cerca de 350 hombres, entre muertos y heridos. El enemigo debe haber perdido, según datos dignos de crédito, unos 1800 hombres entre muertos, heridos y dispersos. Seguramente que en los siguientes días, muchos individuos, forzados en su mayor parte, se aprovecharon de aquella ocasión para desertar e irse cada uno a su tierra.

Finalmente, hay que hacer notar que la división de caballería, a las órdenes del General Mejía, también emprendió un ataque, a las 11 de la mañana; alcanzó buen éxito, porque consiguió poner en fuga al enemigo, causándole gran número de muertos y heridos y haciéndole 60 prisioneros.

Los informes del enemigo acerca del combate del 14 de marzo, atribuyen el triunfo a las armas republicanas, lo que no es de extrañarse, porque la mayor parte de sus narraciones están llenas de las mentiras más absurdas y de las más estúpidas pretensiones. Una de ellas es, que San Gregorio estaba en poder de los imperialistas, los cuales se habían atrincherado perfectamente allí, y que los juaristas

se apoderaron de dicha posición, haciendo prodigios de valor, y capturando también, según declaraciones de Escobedo, 10 cañones, 600 prisioneros y gran cantidad de material de guerra. A decir verdad, San Gregorio nunca fué defendido, ni tampoco se pudo pensar en ello, por las razones que anteriormente expuse.

En lo que respecta a esta batalla, nada he agregado a los informes oficiales, porque se ajustan enteramente a la verdad.

El día 15 de marzo, exceptuando unos cuantos cañonazos y el tiroteo que se cambió entre las avanzadas de ambos ejércitos, transcurrió sin nada que sea digno de mención.

El día 16 debía efectuarse un ataque a las posiciones enemigas. Con este objeto, a las cuatro de la mañana se dirigió el Emperador al Cerro de las Campanas y de allí al centro del ejército, situado en el puente.

Sin embargo, la acción no se verificó; fracasó a causa de la negligencia e incapacidad de los Generales Casanova, Escobar y Herrera Lozada. En consecuencia de esto, el Emperador puso al Coronel Príncipe de Salm-Salm al frente de la Brigada de infantería, al General Méndez confirió el mando de la División del General Casanova, y el favorito imperial, Coronel Miguel López, que se hizo después tan célebre, tomó el mando de la Brigada de Reserva. Todos estos cambios se verificaron el 20 de marzo. En lugar del Príncipe de Salm-Salm, fué nombrado el Mayor Pitner, Comandante del batallón de cazadores.

Los días 17 y 18 de marzo transcurrieron sin incidente. Parecía que los juaristas se estaban rehaciendo de los reveses sufridos y que organizaban

sus tropas; de cuando en cuando se cambiaban algunos cañonazos por ambas partes, sucediéndose tiroteos sin importancia.

Todo el día 19 fué bombardeado el Convento de La Cruz, sin ningún éxito.

El 20, víspera del Santo del Presidente Benito Juárez, esperaban los imperialistas un ataque de los republicanos, pensando que éstos querían darle Querétaro de cuelga. Pero el día transcurrió completamente tranquilo, excepto un débil cañoneo.

El día 21 empezó con un vigoroso bombardeo de la ciudad, bombardeo que, probablemente, constaba como número del programa de la fiesta de ese día. Poco después se escucharon las bandias de música que tocaban en el campamento enemigo, y parece que sólo trataron de divertirse, pues el ataque esperado no se verificó.

(Aquí terminan las memorias del Mayor Pitner.)

Durante estos últimos días le llegaron al enemigo muchas tropas y material de guerra, y entonces pudo contar, para el sitio, con una fuerza de 30,000 hombres, cuando menos.

Los imperialistas, a causa de su número completamente insuficiente, habían tenido que resignarse a la expectativa, y cada vez se hallaban en una situación más difícil. En efecto, los refuerzos que se esperaban de México, tropas, artillería y dinero, se habían aplazado al principio, y después, a causa del peligro inminente de que cayeran en poder del enemigo, se había tenido que desistir de su envío. Todo esto era consecuencia de la pereza e indiferencia de las personas de confianza que el Emperador había dejado en México, quienes demasiado cuidaban de sí mismas y no mucho de que se acatasen

las órdenes del Soberano, cediéndole una parte de la guarnición de la Capital.

Los imperialistas debieron haber emprendido una vigorosa ofensiva en Querétaro y abandonar esa malograda defensiva, cuyo resultado final de ningún modo podía ser satisfactorio, como ellos mismos lo sabían. Haciendo a un lado todo lo demás debieron haber reconcentrado grandes fuerzas en Querétaro, que era el punto capital de la situación y desde allí poner en jaque al enemigo.

En México quedaban todavía de 10 a 12,000 hombres de tropas frescas, y aun cuando la ciudad no podía quedarse sin guarnición, bien podía desprenderse de una parte de sus fuerzas, sin que tuviera que temer mucho, porque todavía tenía delante de sí a la ciudad de Puebla, bien defendida por 5000 hombres, la cual servía de último obstáculo a avance de las tropas del inteligente General juarista Porfirio Díaz.

Tomando en cuenta todas estas circunstancias el Emperador, de acuerdo con sus generales, resolvió mandar a la Capital un plenipotenciario, para que tomara de ahí una parte de la guarnición y acudiera inmediatamente en auxilio del Soberano, y de este modo se pudiera emprender una ofensiva enérgica contra el enemigo.

El General Don Leonardo Márquez, que era de más edad y el que gozaba de mayor influencia cerca del Emperador, fué el comisionado para el desempeño de esta difícil misión. Investido de los más amplios poderes, debía salir de la plaza el 22 de marzo, acompañado de los irregulares pero excelentes dragones del Coronel Quiroga, y dirigirse a México a marchas forzadas. En lugar de Márquez fué nombrado el General Severo del Castillo, uno

CAPITULO ALFONSO

de los mejores del ejército imperialista, Jefe de Estado Mayor Imperial.

Uno de los poderes conferidos a Márquez era el de destituir al Cuerpo de Ministros, que tan inhábil se había portado, y nombrar otro, a cuyo frente debía figurar el General Vidaurri, al mismo tiempo que Aguirre debía ser el Ministro de Gobernación. Vidaurri debía formar parte de la expedición de Márquez.

A fin de reconocer el terreno y encontrar el punto favorable por donde pudieran escapar Márquez y la caballería de Quiroga, y tomar el camino de la Capital, el 22 de marzo emprendieron una ofensiva los imperialistas contra la hacienda de San Juanico, situada en el llano que está delante del Cerro de las Campanas.

La columna de operaciones, al mando del General Miramón, se componía del Batallón de la Guardia Municipal de México, del Batallón de Cazadores y Tiradores, con dos cañones de campaña y dos de montaña, el Regimiento de Caballería de la Emperatriz, el 4º Regimiento de Lanceros y el Cuerpo de Dragones de Quiroga.

La división de cazadores desalojó de la hacienda a la caballería enemiga, al mismo tiempo que los dragones de Quiroga trataban de cortar la retirada, mediante un movimiento de flanco. Mucho trabajo costó a los juaristas escapar de la derrota. Como se les había sorprendido casi dormidos, abandonaron gran cantidad de víveres, muchas armas municiones, sillas de montar y otras varias cosas. El botín de los imperialistas consistió en 22 carros de víveres y 500 cabezas de ganado de todas clases.

Márquez, después de haberse asegurado que la parte sur de la ciudad estaba todavía libre de

enemigos, partió en esa dirección, la noche del 2º de marzo, acompañado del Coronel Quiroga y de sus 300 dragones.

En espera de próximos refuerzos, las tropas juaristas se prepararon nuevamente para una ofensiva enérgica, que, en esta vez, debía dirigirse principalmente contra la parte sur de la ciudad, como punto más débil.

Yo tuve ocasión de observar este interesante combate desde el techo de una de las casas situadas cerca de la línea de fuego. Los refuerzos que iban llegando se componían de unos 7000 soldados de infantería, distribuidos en varios batallones, y procedían de los Estados de Guerrero y México; entre ellos se contaban dos batallones de los famosos pintos. Era muy digna de verse la prisa con que los juaristas los conducían al combate, sin darles un momento de descanso: casi me inclino a creer que querían evitar que estas tropas frescas, valientes y entusiastas, entrasen en comunicación con sus desmoralizados compañeros, a fin de que no se contaminasen del desaliento que reinaba en las tropas republicanas, desaliento que se debía, según informes de los desertores, a los repetidos reveses que habían sufrido en el campo de batalla.

Quiero reproducir el informe oficial, el cual, con la mayor fidelidad, narra los acontecimientos que en estos días marcaron un brillante triunfo de las armas imperialistas. (1)

"La lección dura y sangrienta que recibió el

(1) En la imposibilidad de encontrar el original castellano, ha sido traducido del alemán, como todos los demás informes oficiales contenidos en esta obra. (N. del T.)

CAPÍTULO ALFONSO III

"enemigo el 14 de marzo, da a conocer el escaso valor que tienen el poder militar y las mejores posiciones, cuando se lucha contra un enemigo moralmente fuerte, lleno de entusiasmo y de patriotismo.

"El enemigo, escarmentado por los sucesos de aquel día memorable, se limitó a tiroteos aislados sin importancia alguna. Esto probaba la poca fuerza y la desmoralización de sus tropas, que siempre fueron vencidas por nuestros leales y valientes soldados.

"El 23 de marzo, alentado sin duda por los considerables refuerzos que recibió durante ese día procedentes de los Estados de México, Puebla y Guerrero, el enemigo dió señales de vida y se resolvió a probar nuevamente su fortuna. (Estos refuerzos llegaron exactamente el día 24.)

"Considerando fácil tomar toda la línea sur de la ciudad, donde no se había construido ninguna clase de fortificaciones, y cuya defensa se había confiado únicamente a nuestra caballería, a las 8 de la mañana del 24 de marzo hizo descender numerosos batallones de la Cuesta China, protegidos por poderosas columnas de caballería y 2½ batallas, y comenzaron a extenderse desde la falda del Cimatario hasta la altura de la Garita del Pueblito, Cuartel General de nuestra división de caballería.

"El movimiento emprendido por el enemigo, con la visible intención de cortar a la ciudad toda comunicación con el exterior, hacía esperar, también, otro ataque a nuestra débil línea sur, donde tal vez creía encontrar escasa ó ninguna resistencia.

"Pero Su Majestad el Emperador, que comprendió la importancia que tenía el movimiento que se

"dirigía desde el Cimatario, se apresuró inmediatamente, con una maestría y exactitud admirables, a dictar las órdenes conducentes a contrarrestar los esfuerzos del enemigo, el cual iba reforzando cada vez más sus tropas de ataque, quitando fuerzas de su línea norte, y haciéndolas avanzar impetuosamente por la Garita de Pueblito, para desalojar de allí a nuestra caballería, tomar después la garita de Celaya, y, por último, cortar nuestras comunicaciones con el exterior.

"El ataque no se dejó esperar mucho tiempo. Poderosas columnas de infantería, protegidas por la caballería y por el fuego de 20 cañones, cerca de las dos de la tarde comenzaron a subir, unos, en dirección de la Casa Blanca; los demás, tomando la línea que está entre esa hacienda y la Alameda, y que el General Miramón defendía con sus tropas. Pero tanto este valiente general, como el intrépido Méndez, con una calma y una sangre fría verdaderamente admirables, dejaron que las columnas enemigas se aproximaran a suficiente distancia, abriendo entonces un nutrido fuego concéntrico contra ellas.

"El enemigo, que había avanzado hasta ese momento como un alud, hizo alto, diezmado por nuestro fuego, y comenzó a retirarse; pero el estrago que hacía en sus filas una lluvia de metralla, unido al ataque oportuno de nuestra caballería, lo obligaron a emprender precipitada fuga.

"Gran cantidad de muertos y heridos y más de 200 prisioneros, entre los que se contaban buen número de oficiales, fueron los resultados de este brillante triunfo que obtuvo nuestra caballería en esos momentos preciosos.

"Un poco más tarde, el enemigo inició un nuevo

"y más terrible ataque contra las posiciones de la Casa Blanca; pero fué nuevamente rechazado, con gran valor y audacia, por los dignos Generales Miramón y Méndez, los cuales, por sus heroicas hazañas, conquistaron para sí y para nuestros entusiastas batallones la gloria de la inmortalidad.

"La victoria coronó al fin nuestras armas.

"Cuatro batallones, 800 jinetes y una batería, de la que se sirvieron maravillosamente nuestros bravos artilleros, alcanzaron en esta brillante batalla un triunfo completo sobre más de 15,000 enemigos, quienes, confiados en su mayor poder número y en sus formidables posiciones, se atrevieron a provocar un combate con nuestros valientes soldados.

"El 24 de marzo de 1867 será siempre un día de júbilo para el ejército imperialista, el cual, entusiasta, confiado y lleno de fé en la causa que defiende, dió pruebas palpables e indiscutibles, en este día memorable, de su fuerza moral, de su disciplina y de su valor. La Patria, por su parte, tiene mucho qué agradecer al arrojo y a la abnegación de sus hijos, y los nombres de los Generales Mejía, Miramón y Méndez, así como los de tantos otros dignos jefes y oficiales de nuestro ejército, serán siempre, para México, un timbre de gloria imperecedera.

"Mientras se verificaba este reñido y sangriento combate en la parte sur de la ciudad, el Cuartel General, en La Cruz, fué atacado por una columna enemiga, la cual, protegida por el fuego de su artillería, intentó, inútilmente, aproximarse a nuestras posiciones.

"S. M. el Emperador, cuya presencia de ánimo y valor envidiables son tan bien conocidos del

"ejército, desafió constantemente el peligro de este ataque, y la Providencia lo ha librado de una granada que estalló a tres pasos de su Augusta Persona. Indudablemente, el Cielo lo resguarda para lustre y felicidad de nuestra desventurada patria."

El informe oficial calla respecto a las pérdidas de los imperialistas. Consistieron éstas, según las listas, en unos 90 muertos y heridos.

A pesar de que el éxito de las armas imperialistas había sido decisivo el 24 de marzo, sin embargo no se pudo evitar que los juaristas se posesionaran de las pendientes del Cimatario, completándose así el bloqueo de la Ciudad tan completamente, que se hizo imposible toda comunicación con el exterior, a menos de romper el sitio.

El enemigo reconoció la importancia de la posición conquistada, que le permitía recibir considerables refuerzos, sin tener que debilitar mucho sus demás posiciones; y acondicionó muy bien estas pendientes, de paso tan accesible y cuya parte superior está cubierta de vegetación, construyendo una triple línea de defensas, que armó con la mitad de toda su artillería, constituyendo un puesto magnífico de observación.